

## ALESSIO MATERAZZI.

Conocí a Alessio en el año dos mil, unos meses después de llegar a Estados Unidos desde mi tierra natal, Argentina, en busca de oportunidades. Me hospedé en la casa de una familia conocida que me facilitaron sus contactos, por lo que conseguí trabajo casi inmediatamente. Mi primer trabajo fue estacionando automóviles en un famoso hotel–spa de Miami Beach donde conocí a Alessio. Él no vivía allí pero visitaba regularmente a un residente del lugar. Un hombre del que se sabía poco o nada, nocturno y muy reservado.

Por lo general, cuando Alessio lo visitaba, iba acompañado de una hermosa mujer trigueña de estatura media, flaca pero contorsionada, pelo lacio y largo hasta la cintura de color negro azabache y ojos color miel. No era joven pero era muy atractiva.

Eran muy buenos clientes; nunca se quejaban, eran amables y educados, siempre sonreían y lo mejor de todo, sus propinas eran generosas. Nos habían prohibido cualquier tipo de trato que no estuviera relacionado con el servicio, sin embargo, un día me obligó a romper el protocolo establecido haciéndome una pregunta directa.

–¿Conoces a alguien interesado en trabajar como chofer? –dijo.

Su pregunta me descolocó, pero intuí una oportunidad ante mí. Sabía de varios «colegas» que trabajaban por su cuenta y que ganaban un buen dinero.

–¿Para un evento en especial? –indagué al respecto.

–No, es para un trabajo a tiempo completo –dijo.

Guardé silencio por un instante, analizando velozmente las opciones.

–A decir verdad, yo estoy interesado –dije a continuación un poco apenado ya que sonaba a oportunista despiadado.

–Pero, ¿y este trabajo? –preguntó el hombre sorprendido-. ¿No te sientes bien aquí?

–Sí, no se trata de eso –dije todavía apenado–, la verdad es que pienso que con usted tendré una mejor oportunidad. De todas maneras no dejaría este trabajo de un día para otro, sino que tendría que avisar con tiempo para que consigan a alguien.

–Si crees que no tendrás inconveniente con eso, entonces por mi parte no hay ningún problema –dijo, saco una tarjeta y me la entregó–. Sin embargo, antes de que tomes cualquier decisión es indispensable que nos reunamos para concretar los detalles. Así que llámame la próxima semana para coordinar el encuentro; esta semana estaré ausente debido a un viaje –dijo.

–Sí, sí, sí, no hay problema –dije tratando de disimular el entusiasmo que tenía, pues sin conocer las condiciones, sabía que estaba frente a una gran oportunidad. El hombre se dio cuenta pero no comentó nada al respecto. Entonces se marchó como de costumbre, con una gran sonrisa y dejando una muy buena propina.

## LA VISITA A LA MISTERIOSA CASA DE ALESSIO.

A la semana siguiente, aprovechando que tenía algunos días de descanso, me comuniqué inmediatamente con él. Marqué su número y me atendió una mujer. Me identifiqué y le expliqué la razón de mi llamada. Entonces la mujer me dijo que Alessio le había dicho que yo le llamaría y que le había dejado el recado de que pasara por su casa cualquier día de la semana, después de las seis de la tarde, que él ya estaría disponible a esa hora. Me dio la dirección de la casa, que estaba ubicada en Coral Gables y le dije que pasaría ese mismo día. Le di las gracias por su atención.

Llegué al lugar preciso y busqué donde estacionar. Desde afuera no se distinguía la casa pues toda la propiedad estaba cercada por ligustres de casi dos metros de alto que impedían toda vista del interior. Solo había una gran puerta de madera rústica como entrada principal y dos inmensos portones para la entrada de automóviles. Presioné el timbre de un intercomunicador con cámara pero nadie contestó. Volví a presionar y entonces me habló la voz de un hombre. Me presenté y le expliqué la razón de mi visita. El hombre con mucha amabilidad dijo que lo esperara allí mientras acudía a la puerta para abrirme. Unos segundos después la puerta se abrió y me recibió un hombre gordo que muy cortésmente me invitó a pasar. Dijo que lo siguiera. Una vez dentro de la propiedad pude advertir la elegancia y la belleza de la casa y el parque. Era una imponente casa colonial, atípica para el estilo de Miami, rodeada de césped prolijamente cortado, ligustres, flores y árboles.

Entramos en la casa y la puerta de acceso daba inmediatamente a una sala de estar. El hombre me condujo a otra sala más pequeña que quedaba sobre el lado izquierdo. Me pidió que me sentara y esperara allí mientras él daba aviso de mi presencia en la casa. Estuve allí sentado durante varios minutos sin que nadie apareciera. Me impacienté y me puse en pie, tenía las piernas entumecidas. Caminé alrededor del sofá para recuperarme. Luego me atreví a caminar hacia una sala contigua que me había llamado enormemente la atención, sin razón aparente. Cuando llegué al pórtico, quedé realmente impactado.

La sala, frente a mí, mostraba una enorme biblioteca con cientos o miles de libros, dispuestos en estanterías que iban del piso al techo y de lado a lado. También había varias vitrinas que mostraban unas figuras humanas en extrañas posiciones y movimientos corporales que relacioné con las artes marciales.

Fuera de las estanterías de libros y las vitrinas, la sala estaba vacía, no tenía más que tres sofás semicirculares dispuestos en círculo y una mesa central redonda para apoyar cosas. Y la única pared sin estanterías o vitrinas era la que estaba frente a mí, del otro lado de la sala, donde había un enorme ventanal.

Me acerqué a una de las vitrinas para examinar las figuras que tanto me habían llamado la atención. Sentí una curiosidad tan irrefrenable por tocar una y verla detalladamente que me atreví a abrir una de las vitrinas y tomar una pieza.

La observé con detenimiento y pude ver que sus rostros no connotaban ningún tipo de expresión; eran frías y abstractas. Sus ojos, narices y orejas eran pequeñas hendiduras en la madera.

De pronto, tuve una extraña sensación que no sabía cómo describir. Fue como un miedo infundado. Razoné que era debido a que no debía estar allí sino sentado en el sofá esperando por Alessio.

Devolví inmediatamente la pieza a la vitrina y regresé a la otra sala. Me senté y entonces me di cuenta que estaba empapado en sudor. Me descompuse. Pensé que había sido porque no había comido nada hasta aquel momento. Luego las imágenes se hicieron borrosas y perdí el conocimiento.